

# ARTÍCULOS DE REFLEXIÓN

---



Fotografía de graffiti ubicado en la Carrera 30, homenaje a Diego Felipe Becerra

# Masacres y desplazamientos. Elementos de análisis desde el conflicto armado en Colombia

*Massacres and displacements.  
Elements of analysis based on the armed conflict in Colombia*

## Resumen

La relación entre masacres y desplazamiento se ha establecido en forma unívoca: cuando hay masacres el desplazamiento resulta efectivo. No obstante, para caracterizar dicha afirmación resulta esencial analizar teóricamente qué se entiende por *masacre* y desde allí definir el efecto en el desplazamiento. El presente artículo pretende matizar dicha inferencia y definir que no siempre hay desplazamiento cuando la masacre es consumada. Se puede concretar dicha articulación en la medida en que definamos, tal como se expone en el escrito, a partir de los repertorios que presenta la masacre y cómo ésta se articula con fenómenos de desplazamiento forzado.

**Palabras clave:** masacres, desplazamiento forzado, conflicto armado y organización social.

## Abstract

*The relation between massacres and displacement is commonly accepted: when there are massacres, displacement happens. However, to examine this affirmation it is essential to examine theoretically what is meant by "massacre", and from there to define its actual effects on displacement. The present article is intended to clarify this inference and determine whether there always is displacement when a massacre is consummated. This articulation can be shown to the extent that we define it as it is used in the writing, based on the repertoires present in a given massacre and how it is articulated with the phenomena of forced displacement.*

**Keywords:** *massacre, displacement, armed conflict, social organization*

Recibido el 18 de julio de 2012 y aprobado el 20 de julio de 2012

1 Doctorando en Educación, Universidad de la Salle (Costa Rica). Coordinador de la Maestría en Estudios Sociales, Universidad Pedagógica Nacional. Correo electrónico: panieto@pedagogica.edu.co



**E**l desarrollo del conflicto armado en Colombia, antes que lineal, requiere de una mirada caleidoscópica dentro de la cual se reconozca la complejidad, la degradación, intensidad, expansión, regionalización e internacionalización de éste; además que dé cuenta del comportamiento de sus actores y su funcionamiento, así como de sus cambios y permanencias históricas (Pécaut & González, 1997). En este marco, el desplazamiento forzado como una infracción al Derecho Internacional Humanitario (DIH) se establece como un fenómeno de violencia complejo que requiere de dicha mirada (caleidoscópica) en tanto que lo generan elementos estructurales y coyunturales determinados por factores nacionales y regionales.

El presente escrito pretende generar un análisis del conflicto armado a partir de la comprensión de dos fenómenos inherentes a éste: el desplazamiento forzado y las masacres. A partir de estas dos entradas conceptuales, se buscará brindar en términos analíticos los criterios que estimen su relación y/o dependencia. Este artículo parte de una hipótesis central: una de esas prácticas violentas que se ha relacionado como causa del desplazamiento forzado —sobre todo masivo<sup>2</sup>— de comunidades han sido las masacres.

Sin embargo, buscando profundizar y analizar este tipo de relacionamiento explicativo y/o causal entre masacres y desplazamiento forzado se pretende responder ¿cuál es el impacto de las masacres en las dinámicas del desplazamiento forzado en Colombia?; y desde ésta, ¿cómo se define, qué caracteriza y fundamenta una masacre?, ¿siempre que se ejercen masacres se genera desplazamiento forzado?, ¿qué tipo de repertorios de violencia se ejercen al interior de una masacre y cuál es su relación con los procesos de desplazamiento forzado? Este documento presenta insumos teóricos que dan cuenta de la indagación y revisión de la problemática abordada.

Los análisis sobre el desplazamiento forzado han determinado cómo el control territorial de zonas y regiones que se consideran estratégicamente ubicadas se establece como unos de los factores explicativos de la ocurrencia de las migraciones violentas y forzadas, bien como un efecto colateral del ejercicio de incursiones armadas entrecruzadas con las particularidades del contexto político, económico y social y/o como una estrategia de guerra. Así, el desplazamiento no es algo casual sino que tiene un carácter premeditado y de planificación que responde a un despliegue de prácticas de violencia que los actores armados han utilizado para repoblar, desocupar y despojar de sus territorios a las comunidades (GMH, 2010).

2 Según Acción Social (2010): "Un evento de desplazamiento masivo es aquel en el que 10 o más familias salen forzosamente de su lugar de origen por las mismas circunstancias de modo, tiempo y lugar".

## 1. Las masacres y su marco normativo

La categoría *masacre* no aparece como término jurídico en instrumentos del Derecho Internacional de los Derechos Humanos (DIDH), ni del DIH. En el Código Penal colombiano tampoco se encuentra tipificada. No obstante, la falta de tipificación del término no exime a los perpetradores de sanciones jurídicas, pues desde el DIDH y el DIH, aplicable a situaciones de conflicto armado y del Estatuto de la Corte Penal Internacional (CPI), se pueden extraer elementos que aportan a la discusión, sin agotarla en argumentaciones jurídicas. En la normatividad se emplean términos como homicidios múltiples u homicidios colectivos; asimismo en el derecho internacional se encuentran avances sobre el genocidio, la tortura, los tratos crueles, inhumanos y degradantes, las ejecuciones extrajudiciales, permitiendo dar algunas luces sobre cómo explicar la masacre en términos jurídicos.

Tomando como referente el texto *Enterrar y Callar. Las masacres en Colombia 1980-1993*, se define la masacre como: “el acto de liquidación física violenta, simultánea o cuasi simultánea, de más de cuatro personas en estado de indefensión” (Uribe & Vásquez, 1995, p. 37). Sin embargo, como lo anota Andrés Suárez:

Las masacres no son exclusivas del repertorio de violencia de la guerra, sino que se extienden hasta la criminalidad organizada y la intolerancia social. Se supone además que cuando hay una guerra se produce una segmentación del monopolio de violencia dentro de un territorio, lo que vuelve más probable la irrupción de múltiples violencias (2008, p. 46).

De otro lado, en el *Manual de calificación de conductas* de la Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (Oacnudh, 2010), se establece que:

Aunque existe un consenso mayoritario cómo concebir la masacre, la muerte de varias personas

en un mismo hecho, el número preciso de víctimas no es un criterio objetivo ni suficiente para calificarla. Ninguna definición ofrece elementos de convicción para señalar que son tres, cuatro o cinco los muertos para determinar cuándo se está o no ante una masacre (2010, p.11).

Más adelante, el mismo texto advierte que:

[...] además del elemento cuantitativo [que sea masivo] para que se configure una masacre se requiere un elemento cualitativo: que la muerte haya sido ocasionada de manera cruel contra personas indefensas. La simple muerte violenta de varias personas no constituye una masacre, un hecho de estas características es una ejecución extrajudicial o arbitraria de carácter colectivo; lo que diferencia este tipo de ejecución colectiva de una masacre, es la presencia de sevicia junto con el Estado de desprotección de las víctimas (Oacnudh, 2010, p. 117).

De esta manera, son tres los requisitos que configuran la masacre:

- Ejecuciones extrajudiciales o arbitrarias de carácter colectivo, perpetradas en un mismo hecho. Un número plural de dos o más víctimas le imprimen ese carácter colectivo.
- La manera cruel en que fueron ejecutadas esas personas. La muerte de las víctimas tiene que ser acompañada de elementos de ferocidad o barbarie.
- La indefensión de las víctimas. Las personas muertas deben encontrarse en un estado de desamparo o desprotección.

La anterior caracterización supera lo normativo, reconociendo la necesidad de explorar escenarios cualitativos para la explicación del fenómeno. No obstante, se debe analizar a profundidad si realmente una masacre debe contemplar actos de sevicia. Por ahora se puede afirmar que *tan sólo uno de tres elementos para definir y caracterizar la masacre hace alusión a términos jurídicos*.

## 2. Análisis antropológico y sociológico de la masacre

Ante el poco consenso en la definición de masacres, es necesario profundizar en los análisis de orden cualitativo que puedan aportar elementos para su comprensión. En este orden de ideas, María Victoria Uribe, Teófilo Vásquez, Elsa Blair, Andrés Suárez y el Grupo de Memoria Histórica (GMH) aportan insumos que permiten analizar las masacres en Colombia desde énfasis específicos (desde la Antropología y la Sociología, principalmente). Dichos estudios han girado sobre preguntas como: ¿qué fundamenta a una masacre?, ¿qué pasa con los cuerpos en las masacres, como espacios privilegiados en los que inscribe la violencia y el exceso?, ¿hasta qué punto la teoría de la animalización explica el acto de sevicia en las masacres o no?, ¿qué pasa en los casos de masacres en que no se hace explícita la sevicia?

### 2.1. Caracterización de las masacres como práctica de violencia extrema

María Victoria Uribe y Teófilo Vásquez, en su libro *Enterrar y Callar. Las Masacres en Colombia 1980-1993*, iniciaron un camino para analizar la magnitud y la multiplicidad de actores involucrados para abordar las masacres como actos de violencia en el país, además de la necesidad de considerar regionalmente el tema para dar cuenta de sus especificidades. En este escrito, se reconoce a Colombia como: “una construcción social violenta”, atravesada además por múltiples conflictos en los que las masacres se han utilizado históricamente como una manera de aniquilar al contrario. Si bien los autores retoman para la definición dos elementos recurrentes en la acepción jurídica (liquidación física colectiva de cuatro personas o más y el estado de indefensión), van más allá y aportan desde una aproximación sociológica una interpretación sobre las masacres que pone énfasis en ellas como:

[...] un tipo de acción y de relación social violenta que en cuanto acción está orientada hacia *un fin* (lo que buscan quienes la ejecutan), *tiene sentido* (la forma como los actores involucrados en ella la elaboran subjetivamente) y *un motivo* (está referido a la conexión de sentido que para los actores y observadores aparece como el fundamento con sentido de tal conducta) [cursivas propias] (Uribe & Vásquez, 1995, p. 36).

A partir de estos tres elementos (*fin*, *sentido* y *motivo*), los autores proponen la construcción de una tipología de masacres para los análisis:

- *Las masacres políticamente orientadas* son las que se basan en la lucha violenta por el poder, de tal manera que el fin próximo, aducido por sus autores, es la eliminación del enemigo en un sentido genérico, más no individual; el sentido está elaborado ideológicamente y el motivo tiene que ver con la justificación de la acción.
- *Las masacres socialmente orientadas dirigidas contra grupos marginales*. Son aquellas en las que el fin de la acción violenta es la eliminación personal de ciertos individuos considerados indeseables; el sentido y el motivo se elaboran subjetivamente a partir de la intolerancia social, de la venganza y otros códigos culturales.
- *Las masacres económicamente orientadas*, como las llevadas a cabo por el narcotráfico. Son aquellas cuya finalidad es la apropiación de bienes ajenos, y por ende, el lucro fácil, mediante la eliminación de probables o efectivos rivales en los negocios; en este caso, la eliminación de personas es un hecho secundario, lo que interesa es la apropiación.

En ciudades como en zonas rurales las masacres se ejecutan en lugares desarticulados de lo institucional, como espacios apartados y marginados. Dicha premisa es sustentada por Alfredo Manrique Reyes (1999). Sin embargo, estudios como los de Andrés Suárez (2007, 2008) han anotado que esta manera de ejecutar las masacres en parajes solitarios, fincas apartadas o caminos veredales corresponde a un solo modelo de ataque de los actores armados, y por ello

insiste en la necesidad de hacer análisis regionales para determinar dichos modelos según lugar, actor armado, tipo de población asesinada, testigos y sobrevivientes y el contexto regional que rodea la ejecución de la masacre. En este sentido, se pregunta ¿qué pasa cuando se realiza una masacre en la plaza de un pueblo, cuando lo que se busca precisamente no es esconder el hecho sino visibilizarlo de manera tal que sirva de acto *ejemplarizante*? ¿Qué pasa cuando se ejecutan simultáneamente varias masacres en poblados cercanos? A pesar de la crítica de Suárez a generalizar los lugares que se creen “propicios” para desarrollar una masacre, hace el llamado de hilar fino en los análisis.

Para María Victoria Uribe y Teófilo Vásquez (1995) se ha definido la masacre como una acción y relación social. Por esto, “es necesario reconocer cómo ésta se encuentra inmersa y expresa dinámicas de violencia dentro de la estructura social” (Vásquez & Uribe, 1995, p. 36).

En este sentido, Andrés Suárez (2007) señala la importancia de determinar cuáles son los contextos detonantes y agravantes de las masacres. Dichos desciframientos aportan respuestas a las preguntas del cuándo, el quién, el dónde y el por qué. Según Suárez, al desentrañar estas lógicas se puede identificar las imbricaciones siempre cambiantes entre fines y consecuencias en esta práctica de violencia extrema.

En esa misma línea, Elsa Blair (2010) afirma que las guerras contemporáneas tienen dos características fundamentales: la centralidad de la población civil no combatiente y la extensión y ejecución de las violencias extremas. Para ello, Blair retoma el concepto de la antropóloga Véronique Nahoum-Grappe, definiendo las violencias extremas como: “todas las prácticas de crueldad ‘exagerada’ ejercidas sobre civiles y no sobre el ejército enemigo, que parecen sobrepasar el simple propósito de querer apropiarse de un territorio y de un poder” (Blair, 2010, p. 46). Según el planteamiento anterior, las masacres podrían definirse como una práctica de violencia extrema, tal como lo señala Suárez (2007), pero sitúa una diferencia sustancial:

Mientras la violencia escoge su objeto en función de una racionalidad mínima y se dirige al adulto armado y dispuesto a batirse, la crueldad escoge no sólo al enemigo adulto, sino a toda su familia, sus animales, sus casas; ella quiere no sólo su muerte sino su envilecimiento, su dolor, la destrucción a sus propios ojos (Blair, 2010, p. 46).

A partir de esto último, se entra a discutir otro de los elementos que la mayoría de los estudios retoman: los actos de ferocidad y crueldad de las masacres; en otras palabras, la sevicia es el punto central en su ejecución. Como lo afirma Sofsky, las masacres son: “una acción excesiva donde la violencia disfruta de una libertad absoluta” (citado por Blair, 2010, p. 56).

Por otra parte, y siguiendo los planteamientos del GMH (2010), las masacres han tenido un lugar central en la difusión del terror y tienen una triple función: es preventiva (garantizan el control de poblaciones, rutas, territorios); punitiva (castigan ejemplarmente a quien desafió la hegemonía o el equilibrio) y simbólica (se pueden romper todas las barreras éticas, culturales y normativas). En este orden de ideas, para María Victoria Uribe (1990) las masacres han sido la expresión límite de la violencia en el país. Uribe se aleja de las explicaciones de causa-efecto relacionadas con el bipartidismo para explicar toda esta ola de crueldad y terror de la violencia de mediados del siglo XX, afirmando que la venganza jugó un papel más central. De igual forma, hace un análisis de las prácticas atroces que se ejercían contra los cuerpos en una lógica que iba más allá del hecho de matar y rebasaba los límites al rematar y contramatar a quién se consideraba como enemigo.

Esta violencia, exceso y sevicia que se ha inscrito sobre los cuerpos durante las masacres y cuyas expresiones fueron extremadamente crueles y despiadadas en la época de La Violencia, como lo anota Uribe (1990), y que se han diversificado y sofisticado en la guerra actual en Colombia, es analizada por Blair (2010) desde la biopolítica y desde los conceptos de microfísica del poder de Foucault, afirmando que a través de una serie de tecnologías corporales y de una

mecánica del sufrimiento, se ejercen dispositivos de poder para dominar a las comunidades y territorios a través del terror de manera parcial (como las torturas) o total (como la muerte).

Es así como el ejercicio de la violencia sobre los cuerpos, en el marco de las guerras contemporáneas, es la expresión de una “economía del poder” que necesita, siguiendo a Blair, unos cuerpos ajustados a ciertas concepciones del orden social y político. Sobre esta base, se desarrollan e implementan diversas “tecnologías corporales” para controlar y dominar los cuerpos en distintos ámbitos de la vida social. En el ámbito de la guerra, los cuerpos no ajustados a dichos órdenes son “castigados” (mutilados, violados, desaparecidos, asesinados, torturados), o, como lo plantea Foucault: “prácticas políticas punitivas sobre el cuerpo” (1999, p. 98).

Continuando con esta discusión sobre la crueldad, además expresadas en los cuerpos, en un texto anterior de Blair (2004) se hace un llamado por dejar de lado los análisis estructurales de la violencia y subraya que el centro del debate en los estudios sobre la barbarie y la crueldad debe buscarse en los sentidos y significaciones que se ponen en juego. Como lo anota Blair: “[la masacre] no tiene ningún propósito más allá de ella misma: es la violencia en su estado más puro. Una acción como la masacre apunta a la destrucción total. Ella es la teatralización del exceso” (2004, p. 168). Dicha teatralización tiene tres características fundamentales: el grado extremo de las atrocidades cometidas, la lógica de la eliminación y la extrema desigualdad en las que el cuerpo se utiliza como un vehículo para evidenciar y mostrar el poder del verdugo. En este sentido, el cuerpo sería por excelencia el instrumento del terror (manipulación violenta del cuerpo, sean mutilaciones, huellas de tortura, cuerpos amarrados, miembros amputados con motosierras). No es suficiente, siguiendo a Blair, con asesinar: hay que hacer sufrir y desplegar mecánicas del sufrimiento; “el cuerpo es un texto político por lo que dice y por lo que silencia” (Blair, 2004, p. 170). Por esto, la masacre no es sólo un intercambio de balas, también es un intercambio de sentidos y símbolos.

La masacre es una *profundización del dolor* que apela a otros lenguajes y a otros códigos para hacer efectiva su estrategia de terror. Desde un cuestionamiento antropológico, Blair señala que estas prácticas de violencia extremas traspasan los límites de su propia finalidad y caen en el sinsentido de la crueldad, dejando fuertes inscripciones en los cuerpos, no solo de las víctimas fatales sino muchas veces en los sobrevivientes.

Suárez afirma que se ha caído en el error de pensar las masacres como un *proceso de naturalización* de las prácticas de terror; se ha dejado de lado aquellos análisis en las que la sevicia a gran escala no se hace explícita y sólo se busca analizar el exceso. Asimismo, Suárez afirma que poner en lugar central la sevicia no explica la razón por la cual se deshabilitan las proscripciones sociales y morales dentro de las masacres.

En este sentido, la sevicia no es el carácter distintivo de la masacre sino que es un signo distintivo de las prácticas de violencias que se utilizan al interior de ellas (Suárez, 2007). Su carácter distintivo estaría en la explotación del grado de indefensión de las poblaciones, el cual se convertiría en uno de los tres elementos que fundamentarían una masacre. Los otros dos, siguiendo a Suárez, son la intencionalidad y el número de víctimas. Este autor amplía dicho análisis al plantear la importancia no sólo de las externalidades sino de las internalidades de las masacres. Se proponen cuatro elementos a tener en cuenta:

- Características del depositario de la sevicia (sexo, edad, ocupación y militancia política).
- El mecanismo para su elección (selectivo o indiscriminado).
- Las etiquetas para nombrarlo (combatiente, militante político o auxiliador).
- Los repertorios de la sevicia (cortes, mutilaciones, etc.).

Suárez afirma que las masacres en las que se presenta sevicia tienen una tendencia a la individualización, pues son algunas víctimas las depositarias de esta modalidad y no todas. En

este tipo de masacres lo decisivo es cómo se nombra y cómo se etiqueta a las víctimas para volverlas depositarias de sevicia.

Por lo mencionado, la sevicia no explica por qué razón se levantan límites sociales y morales para ejecutar las masacres. Veronique Nahoum-Grappe (2007) en sus trabajos sobre la guerra en la ex Yugoslavia hace un llamado para no situarse en las explicaciones psicologistas, al suponer que los actos de crueldad son el resultado del estado de patologización de los individuos, ya que esto le da un punto final imaginario basado en estereotipos y banalizaciones sobre la maldad del hombre que no dejan ver cómo la crueldad se ha convertido en un modo dominante de comunicación e interacción.

Lo anterior abre otro espectro de análisis y debate sobre el tema de las masacres. Hasta qué punto éstas deshumanizan a las personas o, como lo afirma Suárez, éstas se basan en un proceso de “pasiones proyectadas sobre el enemigo” (2007, p. 33). En los estudios de orden antropológico de María Victoria Uribe (1990) se afirma que para torturar (para desplegar mecánicas del sufrimiento) y tecnologías corporales de la economía del castigo, el victimario debe animalizar a la víctimas, quitándole cualquier rasgo de humanidad. Al degradarla genera cambios en su morfología humana, objetivando así el cuerpo para arrasar lo que quede en él y así finalizar como animales en un acto de sacrificio.

Por su parte, Andrés Suárez (2007) afirma que la masacre se basa en un vínculo social y no tanto en un acto de sacrificio sobre el cuerpo desde una teoría de la animalización. La masacre debe leerse como acto de crueldad, idea que es reforzada por las investigaciones de Giorgio Agambem sobre Auschwitz, quien expresa que estos actos de violencia no se pueden equiparar a un sacrificio, en tanto que el sacrificio se hace para un fin elevado: “en el marco de una entrega total a causas sagradas y superiores” (2000, p. 29) y las prácticas de crueldad y devastación se centran en el propio goce, en el goce de eliminar al otro.

Es importante señalar que los puntos de debate en los diferentes estudios citados no se han agotado sino, antes bien, siguen alimentándose entre ellos, y en nuevos procesos investigativos es posible considerar, para cerrar este apartado, que si bien éstos discuten entre sí, también plantean puntos de acuerdo:

- Retoman elementos de lo jurídico para la definición de masacre, en especial señalan el número de víctimas y el estado de indefensión de éstas en el momento del ataque.
- Estos estudios amplían y llevan a análisis de elementos cualitativos, alejándose de las causas estructurales de la violencia.
- Las masacres son una práctica de violencia extrema en la que se ha utilizado el cuerpo como elemento por excelencia para inscribir el dominio y poder.
- Es necesario realizar análisis regionales que logren profundizar y reconocer los tipos de masacres ejercidas en el país, teniendo en cuenta la presencia de actores y sus diferentes repertorios de sevicia y de ataques, los intereses que pueden motivar la acción y los contextos de conflicto general que rodean la ejecución de la masacre.
- Las masacres se inscriben primordialmente en las coordenadas de la guerra, sin embargo, en ella hacen presencia otras violencias, que hay que tener en cuenta puesto que complejiza los análisis.

### 3. Masacre y desplazamiento

#### 3.1. Desde la lógica del exterminio

Según los estudios realizados por Luís Pérez Murcia (2001, 2004) sobre la producción que da cuenta de los factores explicativos acerca del desplazamiento forzado desde 1992, los procesos investigativos sobre las causas del desplazamiento forzado en Colombia se han dividido en tres diferentes vertientes: la primera, considera que el desplazamiento se presenta y se agrava

por la intensificación del conflicto armado interno; la segunda, relaciona la pobreza, los vacíos del Estado y los modelos de desarrollo con el desplazamiento y la tercera, se centra en la dinámica económica, la presencia de recursos estratégicos y la concentración de la propiedad. Según sus resultados, se establece que existe una relación significativa entre la cantidad de población desplazada y las variables asociadas al conflicto armado interno en el país.

Los debates en estos estudios empezaron a avanzar desde 1997 y comenzaron a buscar cuáles eran las causas estructurales que favorecían la existencia y aumento del desplazamiento. Se reconoció al desplazamiento como una estrategia de guerra y se empezó a ver la necesidad de hacer análisis regionales en la medida en que se preguntaban: “por qué los actores armados utilizan la estrategia de desplazamiento en unas regiones y no en otras; es decir, cuáles son los intereses de los actores armados en esos territorios” (Pérez Murcia, 2001, p. 53). Pérez señala que una de las mayores críticas que se le ha hecho a estos análisis es que la relación entre conflicto armado-desplazamiento no es lineal, sino que hay necesidad de matizarla según las dinámicas particulares, no solo de cada región, sino del tipo de población, de la relación que se establece entre los actores armados presentes. En este sentido, por ejemplo, algunas veces los desplazamientos no siempre se dan por acciones o incursiones armadas sino que la sola llegada de los actores detona la salida de la población.

Por otra parte, sobre las investigaciones que le han adjudicado como causa del desplazamiento la pobreza, los vacíos del Estado y los modelos de desarrollo, Pérez afirma que es una hipótesis de *vieja data*. Dicha trilogía, según Pérez, tiene baja capacidad explicativa, puesto que lo que se ha evidenciado es que la violencia generada por el desplazamiento tiende a concentrarse sobre territorios que son considerados como prósperos por los recursos naturales.

Retomando lo anterior, se encuentra una relación directa entre el desplazamiento forzado y las dinámicas económicas —la tercera ver-

tiente de análisis—. Es allí donde se reafirma que los desplazamientos de la población son una estrategia de guerra en tanto que se centran en territorios que presenta expansión de circuitos de capital:

[...] zonas de viejos conflictos agrarios, donde la población campesina se moviliza por la tierra y confluyen grupos guerrilleros, fuerzas paramilitares y agentes del Estado, y zonas de gran concentración de la propiedad rural, donde grupos de narcotraficantes han encontrado atractivas las tierras de campesinos para expandir los cultivos, instalar laboratorios, construir pistas de aterrizaje, o como simples canales de comercialización (Pérez Murcia, 2001, p. 56).

Pérez Murcia plantea que el desplazamiento es un fenómeno violento que no es sólo un resultado de las acciones armadas, sino una estrategia de guerra. Frente a lo mencionado por Pérez, se hace la pregunta particular que convoca a este escrito: ¿en dónde se encuentran las masacres en estos procesos explicativos sobre el desplazamiento forzado? Como se señala en la introducción, la masacre se ha asociado en los estudios sobre desplazamiento forzado como una forma de ataque que aumenta los procesos de éxodos masivos forzados, sobre todo en los textos que plantean como factores explicativos del desplazamiento forzado en la intensificación y degradación del conflicto armado. Es decir, la masacre se encuentra con fuerza en la primera vertiente de análisis de la que hablaba Pérez Murcia.

En este punto, es importante resaltar el trabajo de Federico Kircher (1992); él llegó a concluir que existen tres zonas específicas donde se generan los éxodos forzados de población:

Las zonas con conflictos agrarios generan desplazamiento de tipo individual, sin que se incurra necesariamente en violencia homicida; en zonas de presencia del narcotráfico y paramilitares, el desplazamiento pasa por el terror del asesinato y de la masacre y se da más colectivamente. Las masacres de campesinos y los éxodos que provocaron en regiones latifundistas corresponden a una ‘revancha terrateniente’ contra el movimiento campesino (Kircher, 1992, p. 93).

A partir de lo mencionado por Kircher, es posible entender desde esta categorización que las masacres se relacionan con la tercera vertiente explicativa de los desplazamientos forzados (desplazamiento forzado-conflictos agrarios), y que en dicha presencia, como se reseñó en los estudios antropológicos y sociológicos —reseñados en el acápite anterior— son la representación más fuerte del terror y el miedo que se ha infundido en la población campesina y, como afirman Elsa Blair (2004), María Victoria Uribe y Teófilo Vásquez (1995) las masacres son una forma de ataque que aumenta el desplazamiento, dado que uno de sus efectos sobre los sobrevivientes y testigos es la huida forzosa.

En este sentido, Pécaut (1999b) propone centrar la investigación en los procesos que generan el fenómeno de la masacre, a partir de los conceptos de desterritorialización, destemporalización y desubjetivación como procesos en los que se han traducido las lógicas del terror. Es así como Pécaut expresa que: “[...] los referentes sociales del espacio están ampliamente trastocados por los fenómenos de violencia y de terror, nunca abolidos por completo, perduran en nuevos espacios que resultan de las coacciones impuestas por los actores de la violencia” (1999b, p.14). Esta problemática está matizada en función de los actores, de los momentos y de las modalidades de dominio que varían según las regiones, los cambios históricos en los procesos de territorialización y el papel que el terror ha tenido en ello, especialmente imponiendo fronteras imprecisas y fluctuantes, donde cada actor puede entrar e imponer su orden. Cuando dicha adaptación no se logra, se presentan los desplazamientos forzados que dejan muchas veces un no-lugar a las personas sin referentes territoriales e identitarios.

Generando a su vez procesos de desubjetivación, es decir, un individuo fundamentalmente escindido por la sucesión de experiencias de terror, la identidad está a merced de las circunstancias (Pécaut, 1999b). Cuando el terror genera un entrecruzamiento de tiempos sociales según las diferencias entre los actores armados y la

población, se rompe la temporalidad colectiva, llevando a una destemporalización, puesto que:

[...] los eventos excepcionales (como las masacres) se insertan en una rutina, el uno desplazando al otro. La prueba de ello es que la memoria de los eventos excepcionales se pierde rápidamente. Ninguno de ellos tiene valor de principio y todos terminan por confundirse al acumularse. Cada uno deja sólo una huella, algo así como la cola de un cometa, pero una huella que no se inserta en una historia enunciable (Pécaut, 1999b, p.28).

En las investigaciones centradas en las masacres y su relación con el desplazamiento se encuentran los estudios de Jacques Sémelin (2001, 2010) que ha retomado Andrés Suárez (2007) y que, basados en los análisis de las prácticas de violencia extrema, aportan a la comprensión de las lógicas en las que se mueven las masacres en medio del desplazamiento, según su finalidad y motivo. Para Sémelin existen lógicas de la relación masacre-desplazamiento, a saber:

- La lógica de la subordinación, donde las masacre se presentan escalonadas, no presentan continuidad y el efecto en términos de desplazamiento es bajo.
- La lógica de la desestabilización, masacres en las que el elemento sorpresa y la generación de incertidumbre es la constante. Las masacres que se dan de manera sucesivas tienen como resultado un alto grado de las desapariciones y desplazamiento forzado (Suárez, 2007). Así es posible afirmar que existe una relación directa entre las masacres que se basan en la lógica del exterminio con el éxodo forzado de población.

Se puede considerar que las investigaciones que relacionan las prácticas de terror con los procesos de desplazamiento forzado en Colombia concuerdan en que las masacres han sido ejecutadas mayormente por paramilitares y contra población civil campesina, ligándolas sobre todo a los análisis sobre el recrudecimiento del conflicto armado y en zonas donde se presentan intensas luchas por la tenencia y uso de tierras

y recursos. Sin embargo, se deben ampliar las investigaciones que estudien las relaciones entre masacres y desplazamiento, sin partir de la idea de que las masacres son expulsadoras *per se*, sino a la par del desarrollo de análisis regionales que retomem los estudios de orden sociológico y antropológico para estudiar tanto las internalidades y externalidades de éstas y así analizar las lógicas particulares con las que operan, dadas estas particularidades en que la masacre debe retomarse como una variable independiente para explicar su relación con el desplazamiento forzado. Así, Elsa Blair (2004) señala que:

Los sociólogos y politólogos que hemos venido trabajando sobre el tema del conflicto político armado estamos obligados a dejar de ver la guerra como un asunto de ejércitos, tácticas y estrategias militares de ‘bajas’ o número de muertos y a hacer una lectura más juiciosa de estos componentes de crueldad que, en la realidad del fenómeno nos son tan cercanos pero, paradójicamente, tan lejanos en el análisis. Quizá debamos preguntarnos sobre el por qué de la guerra, sino el por qué y el cómo de las atrocidades (Blair, 2010, p. 33).

Quizá debamos aceptar que en estas formas de violencia extrema, la violencia ha traspasado el límite de su finalidad y se ha convertido en otra cosa. Si esto es así, deberíamos empezar a pensar en otras categorías analíticas y en razones explícitas desde otros ámbitos de interrogación.

## A modo de conclusión. Los repertorios del desplazamiento: un acercamiento para entender las masacres

El Observatorio del Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH, en su *Informe Anual de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario. 2010*, estableció frente al tema de masacres:

Según información de la Policía Nacional, en 2010 se registraron a nivel nacional 39 casos de masacres que dejaron 183 víctimas; comparando las

cifras con el año anterior se observa que en cuanto a los casos de masacres se registró un aumento del 34%, mientras en relación a las víctimas, éstas aumentan el 24% entre los dos años (2010).

Y frente al tema del desplazamiento forzado, el mismo documento subraya:

Según datos del Sistema de Información de Población Desplazada (Sipod) de la Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional, en 2010 se reportaron 87.990 personas desplazadas, cifra que al compararse con los registros de 2009 (165.541 víctimas), reporta una disminución del 47% (2010).

Más allá de los datos cuantitativos suministrados por El Observatorio, la información suministrada genera unos derroteros de gran envergadura analítica para entender la relación masacre-desplazamiento. En distintos espacios académicos e institucionales se sostiene que uno de los factores que inciden en el aumento del desplazamiento es el auge de las masacres; con las dos referencias anotadas dicho postulado resulta importante matizarlo.

Por esta razón, comprender la relación entre las masacres y el desplazamiento forzado resulta muy reducido examinar dicha dependencia solamente desde esas dos categorías; las masacres pueden ser entendidas como patrones de victimización en donde no siempre son causa del desplazamiento, así como la expulsión de población no depende en estricto sentido a las masacres. En este orden de ideas, resulta acertado ampliar el espectro de análisis ubicando, como lo menciona Jorge Restrepo, las “microdinámicas” en que se desenvuelve el conflicto armado y el juego de decisiones por los que optan los actores (Restrepo & Spagat, 2006). Por esta razón, la relación masacre-desplazamiento debe trascender dichas categorías y ubicar las motivaciones de los actores armados para utilizar dichas estrategias. Si en algunas ocasiones los grupos armados utilizan las masacres, en otros casos los instrumentos más utilizados son los homicidios selectivos, las amenazas, los ataques a la infraestructura, o cualquier otra modalidad de violencia.

Según el contexto regional definido, los actores tienen la posibilidad de definir si utilizan violencia selectiva o indiscriminada. Cuando el grupo armado tiene control casi absoluto, resulta improbable que recurran a la violencia, ya sea selectiva o indiscriminada (Kalyvas, 2006). Otro escenario posible se da cuando un actor tiene control hegemónico sobre una región, así es probable que ejerza violencia selectiva y que el grupo más débil ejerza violencia indiscriminada. Ahora bien, para que la violencia selectiva cumpla funciones coercitivas<sup>3</sup>, los grupos armados deben ser capaces de convencer a la población de que son capaces de monitorear y sancionar su comportamiento.

Por esta razón hay que ampliar el espectro de análisis para vislumbrar dicha causalidad. Es con los *repertorios de violencia* en donde se amplían los patrones de análisis. Wolfgang Sofsky sostiene, para el caso de la guerra en Argelia de mediados de siglo XX, que: “las masacres deben ser analizadas a partir de la forma en que ésta es perpetrada y los intereses a los que afirma apuntar” (Sofsky, 1995, p. 45).

La masacre se puede configurar analíticamente a partir del entramado que ésta construye y los efectos en los procesos sociales. A partir de esto último, resulta sugerente aclarar que la masacre como fenómeno particular del conflicto armado debe instaurarse y entenderse desde los *repertorios*. Frente a esto, resulta muy sugestivo lo planteado por Elisabeth Wood para darle un marco explicativo mayor a la masacre y su relación con el desplazamiento forzado. Ella sostiene:

Los procesos sociales en tiempos de guerra están fuertemente moldeados por las estrategias de los actores armados, particularmente por los patrones de violencia que ellos ejercen, que incluyen el hecho de si la violencia contra civiles es llevada a cabo de manera proporcionada, si la violencia es indiscriminada o selectiva (Wood, 2010, p. 101).

Dicha cita ubica un interesante derrotero con respecto a la relación masacre-desplazamiento. Resulta sugerente ubicar la reflexión de Wood frente a las motivaciones de los actores por utilizar la masacre como móvil. La apuesta conceptual ubica las estrategias de los actores para caracterizar los efectos en el desplazamiento. Subrayar las variables *objetivas* (los intereses, estrategias de los actores) para explicar el impacto de las masacres hace situar la marca de las masacres en el contexto del desplazamiento. Al descifrar las formas de terror utilizadas para conseguir fines políticos, económicos y sociales hace que la apuesta analítica presentada por Wood brinde elementos interesantes para caracterizar a las masacres y su impacto en el desplazamiento forzado en el conflicto armado que vive el país. En este orden de ideas y citando un libro que resulta provocador para esta discusión: *La hora de los dinosaurios: conflicto y depredación en Colombia*, de Boris Salazar y María del Pilar Castillo, brinda una lectura que argumenta la apuesta teórica hasta ahora presentada:

[...] Sí, por supuesto, masacres similares a las nuestras son el pan de cada día en las muchas guerras civiles que diezman al África, pero a diferencia de éstas, las nuestras tienden a ser calculadas, más moduladas en la búsqueda del máximo efecto a un mínimo de costo para la organización armada (Salazar & Castillo, 2001, p. 19).

Analizar las formas en que las masacres son perpetradas y los intereses que los actores apuntan con estas prácticas, la búsqueda del máximo efecto a un mínimo de costo desde la diversidad permite definir la relación masacre-desplazamiento desde los *repertorios* como apuesta analítica (Lichbach, 1997). Si bien el terror es un concepto recurrente en los estudios que abordan las guerras, éste, como herramienta explicativa, esconde los objetivos

3 La violencia selectiva es, por su parte, una violencia no personalizada, cuyo objetivo central es moldear el comportamiento de los civiles indirectamente, ahí es que entra en muchas ocasiones la masacre (Restrepo & Spagat, 2006).

tácticos y el proceso de toma de decisión de los actores implicados en las acciones violentas. Por esta razón la perspectiva de entender y caracterizar las masacres y su incidencia en el desplazamiento forzado no debe estar centrada en estas entradas analíticas. Por el contrario, debe basarse en las razones, dinámicas y modalidades propias que hacen los grupos armados. Los actores armados realizan sus disputas a partir de un conjunto de repertorios de violencia.

A partir de lo anterior, en el conflicto armado colombiano se deben identificar una gama de repertorios que deben ser leídos contextualmente, lo cual brinda una serie de derroteros desde donde se traduzcan aquella relación masacre-desplazamiento. Éstos pueden sintetizarse como: homicidios, torturas, desapariciones, acciones bélicas, violencia sexual son elementos que sitúan el alcance “racional” (si se puede llamar así) al hecho violento. Éstos, dentro de las masacres, deben ser interpretados bajo motivaciones más estructurales: despojo de tierras, reclutamiento forzado, señalamientos, robos y la utilización de cierta

tecnología de guerra empleada por los actores (decapitación, degollamiento, entre otros) que los actores armados utilizan en la arena de la confrontación.

Si bien se pretende caracterizar analíticamente la relación causal entre masacre y desplazamiento a partir de interrogantes tales como ¿cuál es el impacto de las masacres en las dinámicas del desplazamiento forzado en Colombia?; y desde ésta, ¿cómo se define, qué caracteriza y fundamenta una masacre?, ¿siempre que se ejercen masacres se genera desplazamiento forzado?; un criterio analítico que es necesario poner de relieve a propósito de la relación masacre-desplazamiento es la indefensión de la víctima, la búsqueda de “prevención” de los perpetradores (garantizar el control de poblaciones, rutas, territorios) y su carácter de ser “punitiva” y simbólica. Aún así, el lugar común de dichos procesos lo constituirá más allá de la normatividad y su caracterización independiente, la desterritorialización, destemporalización y desubjetivación como procesos en los que se traducen las lógicas del terror.

## Referencias bibliográficas

- Agencia Presidencial para la Acción Social y la Cooperación Internacional. (2010). *El desplazamiento forzado en Colombia*. Recuperado de <http://www.accionsocial.gov.co/documentos/Retornos/CIDH%20Desplazamiento%20Forzado%20en%20Colombia%20Marzo%202010%20para%20Canciller%20C3%ADa1.pdf>.
- Agamben, G. (2000). *Homo Sacer III: lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo*. Valencia: Pre-Textos.
- Blair, E. (2004). Mucha Sangre poco sentido: La masacre por un análisis antropológico de la violencia. *Boletín Antropológico*, 18(35), 165-184.
- \_\_\_\_\_. (enero-junio, 2010). La política punitiva del cuerpo: economía del castigo o mecánica del sufrimiento en Colombia. *Estudios Políticos*, 36, 39-66.
- Grupo de Memoria Histórica de la Comisión Nacional de Reparación-CNRR. (2008). *Trujillo. Una tragedia que no cesa*. Bogotá: Planeta.
- \_\_\_\_\_. (2010). *La tierra disputa. Memorias del despojo y resistencias campesinas en la costa Caribe. 1960-2010*. Línea de Tierra y Conflicto. Bogotá: Taurus-Fundación Semana.
- Kalyvas, S. (2006). *La lógica de la violencia en la guerra civil*. Madrid: Akal.
- Kircher, F. (1992). Aspectos socioeconómicos del desplazamiento forzado en Colombia. En *Seminario Foro Nacional 'El desplazamiento interno en Colombia'*. Ponencia al primer seminario nacional sobre desplazamiento forzado en Colombia, Chinauta, Fusagasugá: Fundación para la investigación, la Cultura y la Educación Popular-Fundicep-Ilsa.
- Lichbach, M. (1997). Nuevas reflexiones sobre racionalidad y rebelión. *Revista Zona Abierta*, 80/81, 31-50.
- Nahoum-Grappe, V. (2002). Cultura de la guerra y contemporaneidad: ¿La “purificación étnica” es una práctica “de otros tiempos”? *Nómadas*, 16, 64-74.
- \_\_\_\_\_. (2007). Las violaciones, un arma de guerra. En O. Christine (Dir.), *El libro Negro de la condición de la mujer. Panorama de la situación de la mujer en el mundo actual*. (pp. 59-76). Madrid: Aguilar.
- Oficina en Colombia del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos-Oacnud. (2010). *Manual de calificación de conductas. Volumen I, N° 1*.
- Observatorio Presidencial de Derechos Humanos y Derecho Internacional Humanitario (2010).

- Informe Anual, 2010. Recuperado de <http://www.derechoshumanos.gov.co/Observatorio/Paginas/Observatorio.aspx>
- Pécaut, D., & González, L. (enero-marzo, 1997). Presente, pasado y futuro de la violencia en Colombia. *Desarrollo Económico*, 36(144), 891-930.
- Pécaut, D. (diciembre, 1999b). Configuraciones del espacio. El tiempo y la subjetividad en un contexto de terror: el caso colombiano. *Revista Colombiana de Antropología*, 35, 8-35.
- Pérez Murcia, L. E. (2004). Factores asociados al desplazamiento forzado en Colombia. En M. N. Bello (Ed.), *Desplazamiento Forzado: dinámicas de guerra, exclusión y desarraigo* (pp. 49-79), Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Restrepo, J., Spagat, M., & Vargas, J. (2006). El conflicto en Colombia: ¿quién hizo que a quién? Un enfoque cuantitativo (1988-2003). En AA.VV. *Nuestra guerra sin nombre: transformaciones del conflicto en Colombia* (pp. 505-540). Bogotá: Norma.
- Salazar, B., & Castillo, M. P. (2001). *La hora de los dinosaurios: conflicto y depredación en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Sémelin, J. (2001). *Penser le Massacre*. *Revue Internationale de Politique comparée* 1(8), 22-40.
- \_\_\_\_\_. (2010). De la matanza al proceso genocida. En Corte Suprema de Justicia de la Nación, *Investigaciones*, 1, 45-57.
- Sofsky, W. (1995). *L'organisation de la terreur*. París: Calmann Levi.
- Suárez, A. F. (2007). *Identidades políticas y exterminio recíproco. Masacres y guerra en Urabá 1991-2001*. Medellín: La Carreta Editores-Universidad Nacional de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (mayo-agosto, 2008). La Sevicia en las masacres de la guerra colombiana *Revista Análisis Político*, 21(63), 55-77.
- Tilly, C., Doug, M., & Tarrow, S. (2001). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer.
- Uribe, M. V. (1990). *Matar, rematar y contramatar. Las masacres en el Tolima 1948-1953 Controversia*, No 159-160.
- Uribe, M. V., & Vásquez, T. (1995). *Enterrar y Callar. Las masacres en Colombia, 1980-1993 Volumen I*. Bogotá: Comité Permanente para la Defensa de los Derechos Humanos.
- Wood, E. (2010). Los procesos sociales de la guerra civil: la transformación de redes sociales en tiempos de guerra. *Análisis Político*, 23(68), 100-124.